

Aproximación etnoarqueológica a una casa tradicional de Mérida y nuevos datos sobre la medina

Intervención arqueológica realizada en el nº 19 de la calle Constantino

MIGUEL ALBA CALZADO
miguelalba@consorciomerida.org

FICHA TÉCNICA

Nº Intervención: 7027.

Fecha de Intervención: 4 de Mayo a 4 de Junio de 2004.

Ubicación del solar: 29S-QD-31-00N-04076.

Promotor: autopromoción.

Dimensiones del solar: unos 190 m² de los que se excavan 42 m².

Cronología: romana, medieval islámica (X y XII) y contemporánea

Usos del espacio: doméstico y agrícola.

Palabras claves: intramuros, viviendas islámicas, silo, casa popular.

Equipo de trabajo: operarios: Luis Martínez, José María Ramos; dibujante: Valentín Mateos; topógrafo: Javier Pacheco; arqueólogo: Miguel Alba.

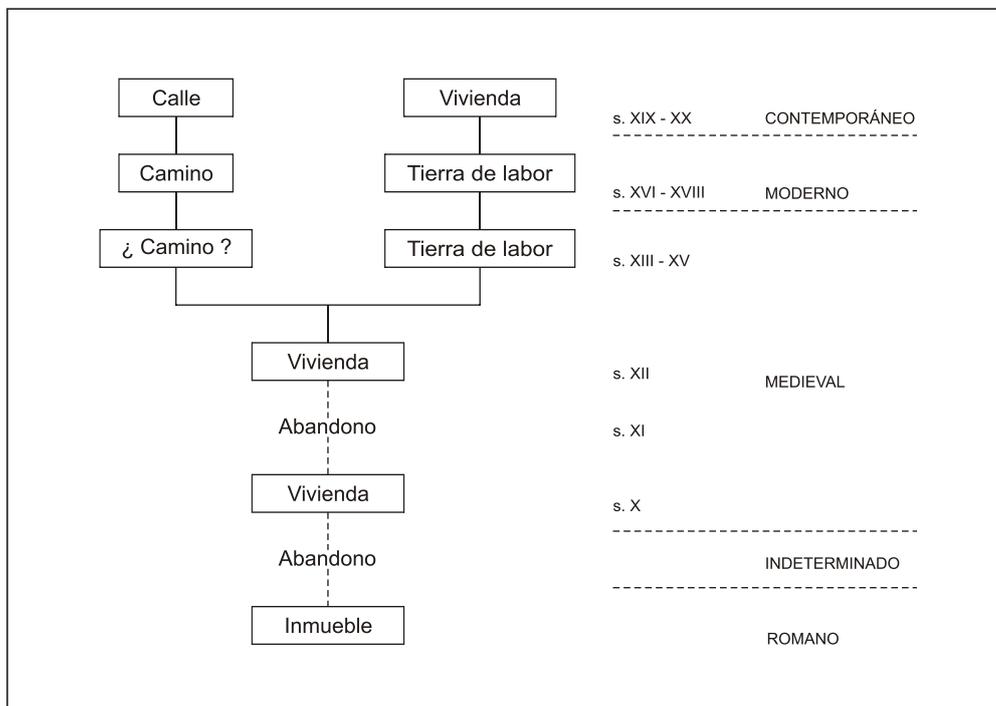


DIAGRAMA OCUPACIONAL



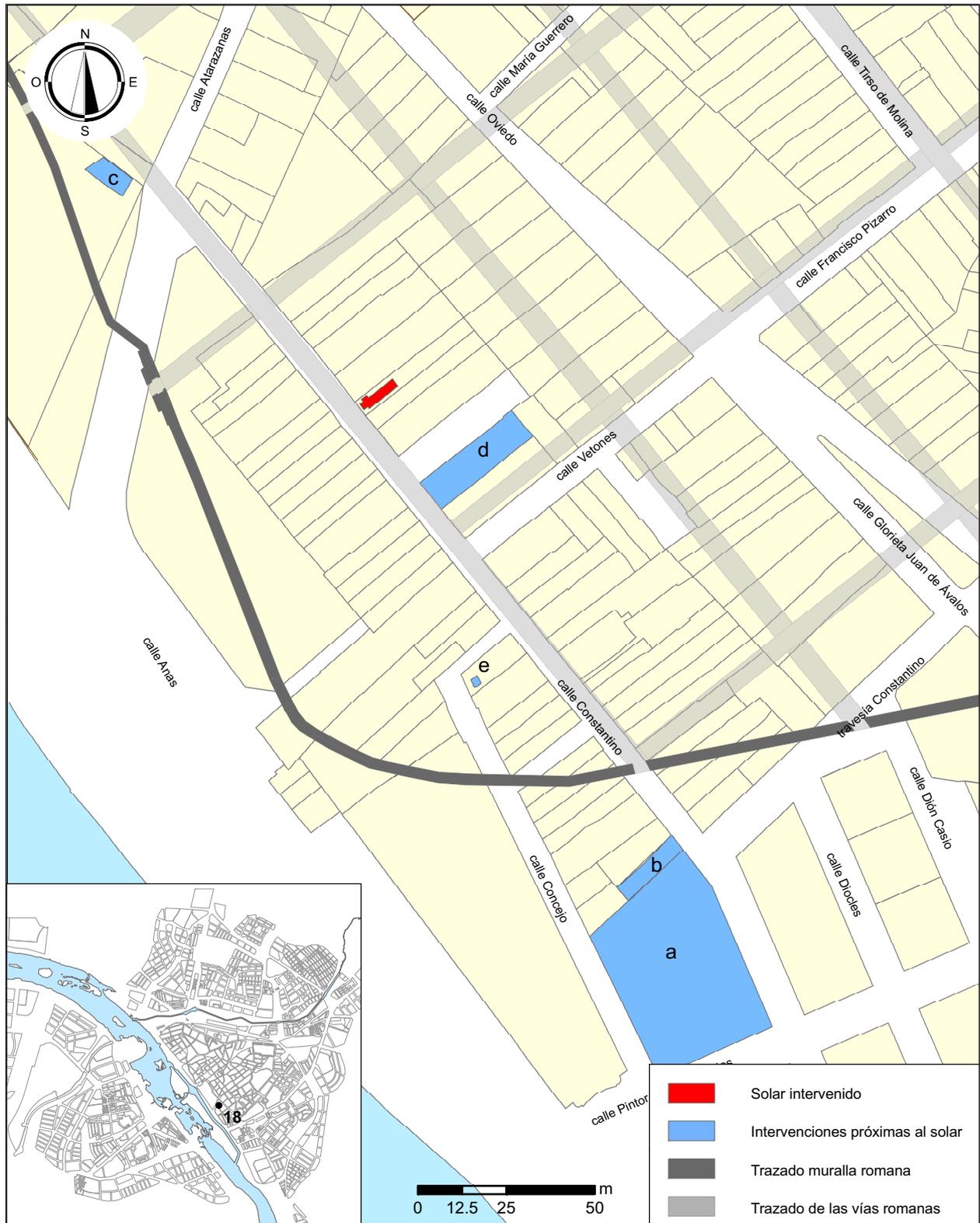


FIGURA 1

Plano de situación y contextualización.



INTRODUCCIÓN

El solar se localiza intramuros de la *Colonia*, en la banda de terreno cercana al río por la que vuelve a extenderse el casco de población desde el siglo XIX. El solar se encuentra en zona II del Plan Especial de Protección del Conjunto Monumental, por lo que es preceptivo efectuar la intervención arqueológica previa a su nueva edificación.

En esta calle se han hecho excavaciones arqueológicas en los extremos, con resultados que coinciden en la naturaleza industrial de los hallazgos, de tipo alfarero pero adscritos a diferentes épocas, con vertidos de producción romana en solares al final de la calle (Alvarado y Molano 1995; Rodríguez 1996, ver plano de situación, fig. 1, los puntos a y b) y dos hornos medievales islámicos al comienzo de esta pero apartados entre sí (Sánchez 1997, 181 y 1998, 62; plano de situación, puntos c y d).

La intervención más próxima se realizó en el año 1996, tres casas más arriba que la que nos ocupa, a cargo de G. Sánchez, que documentó restos de muros de una casa romana, numerosos silos islámicos y un horno de alfarería asimismo medieval (Sánchez Sánchez 1987). También, muy cerca de aquí, se efectuó la excavación 7026, en la travesía del Concejo (plano de situación, punto e), al borde de un camino que durante siglos condujo a una fuente y de la que se da noticia en este mismo volumen.

La presente excavación se centró en un área abierta ocupada por una media casa en el lado izquierdo de la calle Constantino, provista de patio y corral. La casa de arquitectura tradicional fue derribada para construir, sobre losa de hormigón, un inmueble que abarcaba la mayor parte del solar. La losa del proyecto arquitectónico necesitaba un rebaje somero del terreno para evitar problemas con la probable aparición de restos, así que para cumplir con nuestra parte de documentación arqueológica se decidió abrir un corte de 14 m de longitud por 3 m de ancho que abarcara toda la planta de la vivienda primitiva, dejando bandas de seguridad a los lados, más ancha en paralelo a la medianera sur para poder sacar por ella la tierra. Las medianeras de tapial fueron protegidas de la lluvia con plásticos y

apuntaladas. Antes de iniciar los trabajos, condicionamos la posible ampliación de la cata al interés de los restos arqueológicos, pero, en vistas de los pobres resultados, no hizo falta hacerlo.

Con la excavación, se pretendía recabar datos sobre la topografía de la zona, fijar la potencia hasta los restos romanos (útil para previsiones de tiempo y trabajo en futuras intervenciones de solares próximos) y conocer mejor la ocupación y usos que tuvo el lugar. Por otra parte, se tomó la casa como ejemplo para evaluar las transformaciones del ámbito doméstico tradicional. Por ello, de las 89 unidades registradas, 54 pertenecen a la casa, englobadas en 8 actividades. El nivel rocoso apareció más arriba de lo que habíamos previsto, a unos 70 cm de profundidad media respecto a la solería de la casa, lo que explicaba que los restos hallados fueran pocos y mal conservados (fig. 2). En cuanto a la estratigrafía arqueológica convencional, aportó dos niveles de ocupación doméstica medieval islámica y un tercero muy arrasado de época romana, con hiatos entre estos (fig. 3).

DESARROLLO DE LA INTERVENCIÓN

El primer paso fue hacer la lectura estratigráfica de la vivienda a partir de las observaciones hechas cuando el inmueble estaba aún en pie y tras su derribo, junto con la documentación aportada por la excavación (información, esta última, muy inferior a la recabada en alzado, lo que da idea de las dificultades para comprender las casas romanas, por ejemplo). En 2003 habíamos abordado el tema de la vivienda antigua (Alba 2004 a) y se planteaban varias reflexiones que queríamos cotejar mediante un ejemplo etnográfico. Este resultaba idóneo por su aparente unidad constructiva (la fachada mostraba dos plantas de la misma vivienda), por su tamaño reducido y por estar relativamente bien fechada la formación de la calle gracias a las planimetrías decimonónicas y de inicios del siglo XX, en las que se puede seguir la fundación y crecimiento de la misma.

Sobre la casa, nuestro interés se centró en conocer los cambios y su evolución. Se trataba, en fin, de detectar la diacronía de un inmueble que visto desde la calle parecía aparentemente sincrónico (a juzgar



FIGURA 2

Panorámica de la excavación.

por su fachada). La lectura aportó cuatro cambios estructurales significativos y otros dos menores relacionados con la introducción de las tuberías de saneamiento. Con respecto a los “cambios de la piel”, por no desbordar la información, únicamente se documentaron los revestimientos de la primera estancia.

La casa primitiva (A 1), edificada casi un siglo atrás, era muy humilde, con 5 m de fachada y 10 m en profundidad, pasillo en el lado derecho y dos habitaciones en el lado izquierdo (una en fachada y otra en la trasera), comunicadas desde el corredor: la primera dedicada a cocina-comedor, sin compartimentar, y la segunda, a alcoba que era más pequeña porque desde el pasillo partía una escalera hacia el doblado, de escaso alzado, donde a penas había espacio para estar de pie en el centro, a causa de una techumbre baja a dos aguas; un ventanuco en el muro de fachada iluminaba y ventilaba esta estancia generalmente utilizada para almacenamiento. En suma, la vivienda era, lo que se conoce como una media-casa (fig. 4, A 1) con corral en la trasera y una puerta holgada para entrar la caballería, atravesando la vivienda a través del ancho pasillo hasta la cuadra situada en la parte de

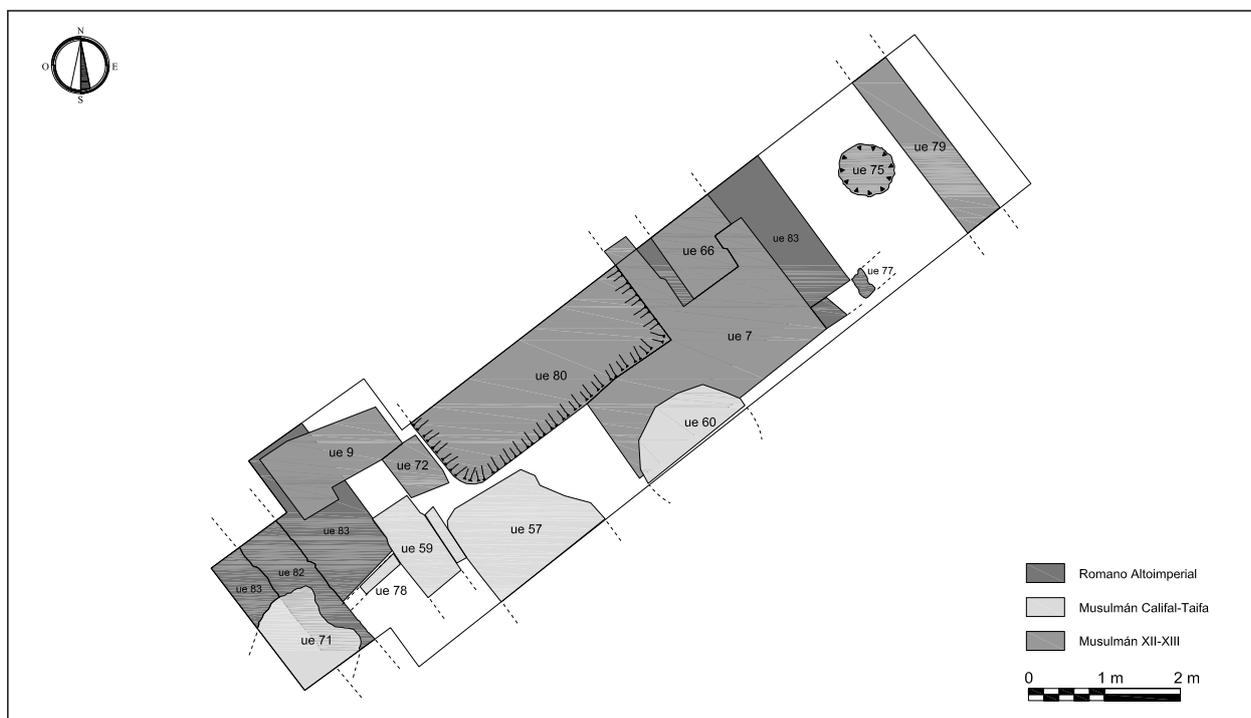


FIGURA 3

Planta diacrónica de los restos hallados en el solar.

atrás (A 8), con las paredes de tapial sin enlucir. La fábrica de los muros tiene zócalo de mampostería menuda ligada con tierra y alzado de pared de tapial, protegido por un enlucido de cal. En la primera estancia se ubicaba una cocina con hogar de cantería y chimenea de campana, paralela al muro de fachada y adosada al muro maestro de la crujía (lo que no es habitual pues suelen emplazarse en el muro medianero y en perpendicular a la calle). La cocina recibía la iluminación por una pequeña ventana y no quedaban restos de su pavimentación original (debido a solerías que se echaron después, aunque existe la duda de que fuese simplemente de tierra y no de obra).

En una segunda etapa (fig. 4, A 2), la casa es objeto de una reforma (A 2) que afecta a la desaparición del hogar y su chimenea, tal vez por sustituir la cocina por una de fábrica, en alzado, más pequeña ubicada en otro lugar de la estancia que no dejó vestigio o por ser de las de hierro, llamadas “económicas”. El cambio se concreta en crear un acceso al dormitorio desde la cocina abriendo una puerta en el muro maestro de la crujía, lo que supuso la eliminación de la chimenea. Se ciega la entrada al dormitorio desde el pasillo y se crea una alacena en el hueco de una escalera más ancha para subir al doblado. Posiblemente el altillo haga la función de dormitorio para los hijos, además de cumplir su función original. La vivienda carece de agua corriente y en la trasera dispone de una letrina que vierte a un pozo ciego (este pozo puede pertenecer ya a la etapa fundacional, no podemos asegurarlo con certeza).

Una tercera reforma (fig. 4, A 3) va a modificar el inmueble de forma importante (A 3), pero manteniendo la estructura original. La estancia de la fachada que fue cocina deja de serlo y se levanta un panderete de ladrillo macizo para separarla del pasillo de manera que se convierte en una pequeña sala o dormitorio comunicado directamente con la alcoba del interior. Las paredes iban enlucidas con un rodapié pintado y sobre este una pequeña flor de lis. En la parte de atrás del inmueble se añade un cuerpo más, consistente en una habitación sin compartimentar dedicada a cocina-comedor. El doblado es transformado en una planta habitable, recreciendo en altura sus muros, subdividido en dos habitaciones igual-

mente comunicadas mediante un pasillo lateral y en fachada se abren dos ventanas nuevas en sustitución al ventanuco de la etapa 1ª para darles luz. En la trasera se mantiene el patio y al fondo, la cuadra y hay cobertizos y un aseo en los márgenes (A 8). Los suelos son de loseta cuadrada de cemento, que viene a sustituir a los pavimentos desconocidos de la fase o fases anteriores. La cocina y el aseo desaguan por cañería cerámica vidriada por dentro (A 5) instalada en el pasillo que vierte a la red pública de saneamiento.

El cuarto cambio del inmueble (fig. 4, A 4) supone un nuevo crecimiento en profundidad y altura, que incorpora el patio al interior de la vivienda como espacio de estar y comedor, con un cierre acristalado y añade una estancia para cocina y otra para cuarto de baño. En la parte alta se crea una terraza y una habitación para lavadero (en cierto modo, es como si el patio hubiese sido trasladado a la primera planta). El espacio al aire libre que quedaba del corral se convierte en patio-jardín y la cuadra-pajar en trastero. El desagüe se hace por conductos de hormigón (A 6) que sustituyen a los cerámicos (convertidos en cascos) siguiendo la misma trayectoria del pasillo hasta la calle. Los suelos de la casa se renuevan por otros de terrazo (superpuestos a los anteriores), se decoran algunas habitaciones con papel pintado y en la de la fachada se la dota de un zócalo de láminas de plástico que imitan ser madera.

El quinto cambio de la casa es el que se produce en nuestro tiempo y por el que se debe efectuar la intervención arqueológica, pues, a diferencia de las reformas anteriores que habían ido sumando elementos a las estructuras precedentes, se ha practicado el derribo completo de la casa para edificar un inmueble con nuevos materiales, más profundo y con diferente organización. La losa de hormigón resuelve la preservación de los restos arqueológicos, incluyéndola el proyecto arquitectónico antes de conocer los resultados de la excavación. Esta anticipación en proponer losa, a tenor de los resultados de la excavación, se podía haber evitado.

Además de la zanja para meter los caños de desagüe se registró otro corte (ue 13) de 1,70 m de ancho y



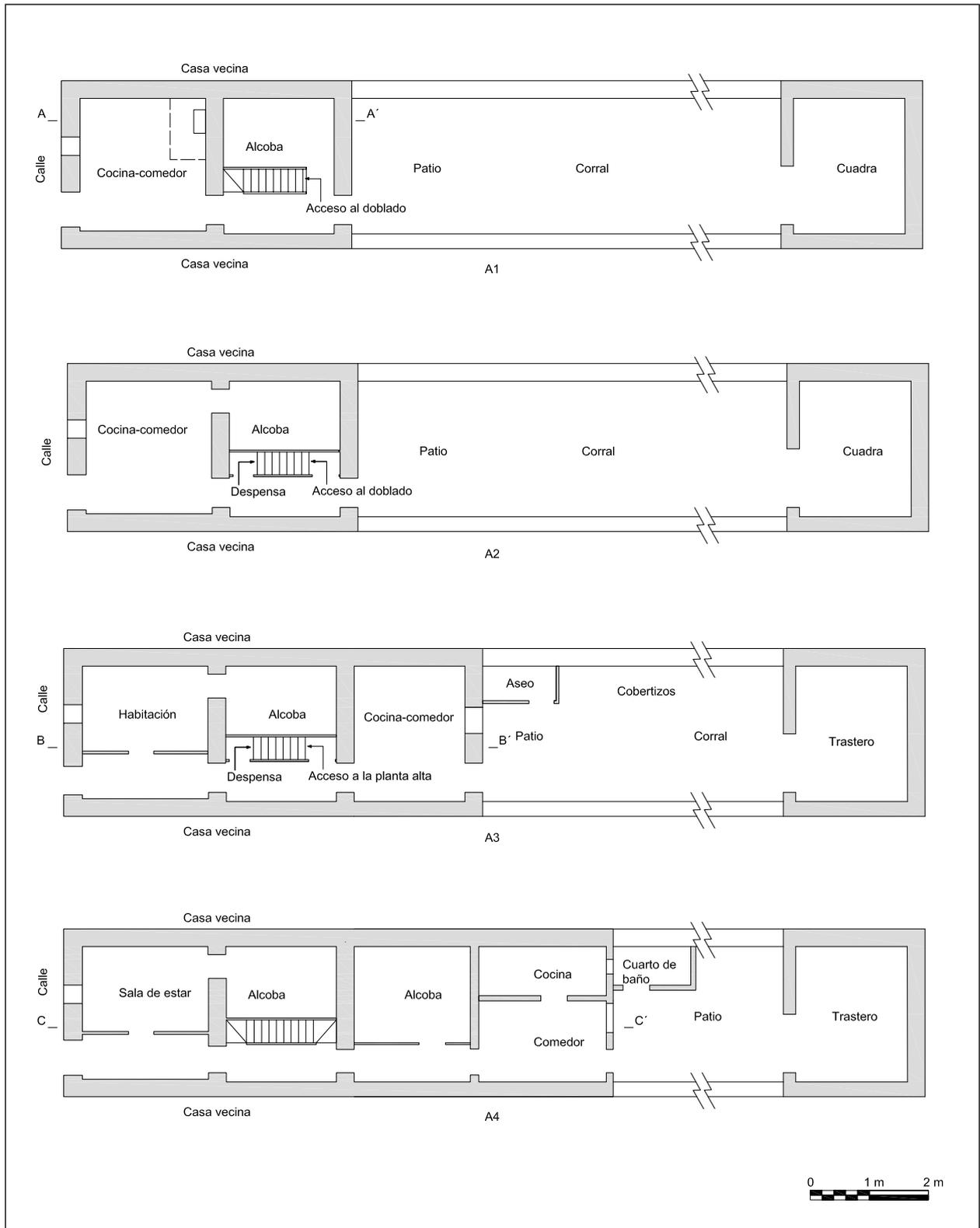


FIGURA 4
Diacronía de la vivienda tradicional.



FIGURA 5

Pavimento empedrado con pileta central (s. XII).

longitud superior a la de la excavación que profundizó 47 cm hasta alcanzar la roca que en aquel punto estaba más somera que en la zona de la cabecera del solar. El corte es reciente, posterior a un estrato de cultivo, que posiblemente se deba a “prospecciones” para sacar piedra con la que construir, una costumbre habitual de los alarifes hasta el siglo XX.

Bajo el suelo de la casa se documentó un nivel de tierra orgánica y sin piedras de 22 cm de potencia. Este nivel (ue 15) cubría los restos de una pavimentación (fig. 5) de cuarcitas, bloques de granito y fragmentos de mármol (ue 7), bien ajustadas todas las piezas, que se extendía por una zona mayor a la superficie de excavación e inconexo a otro resto de empedrado conservado (ue 9) por piezas extraídas por efecto del arado.

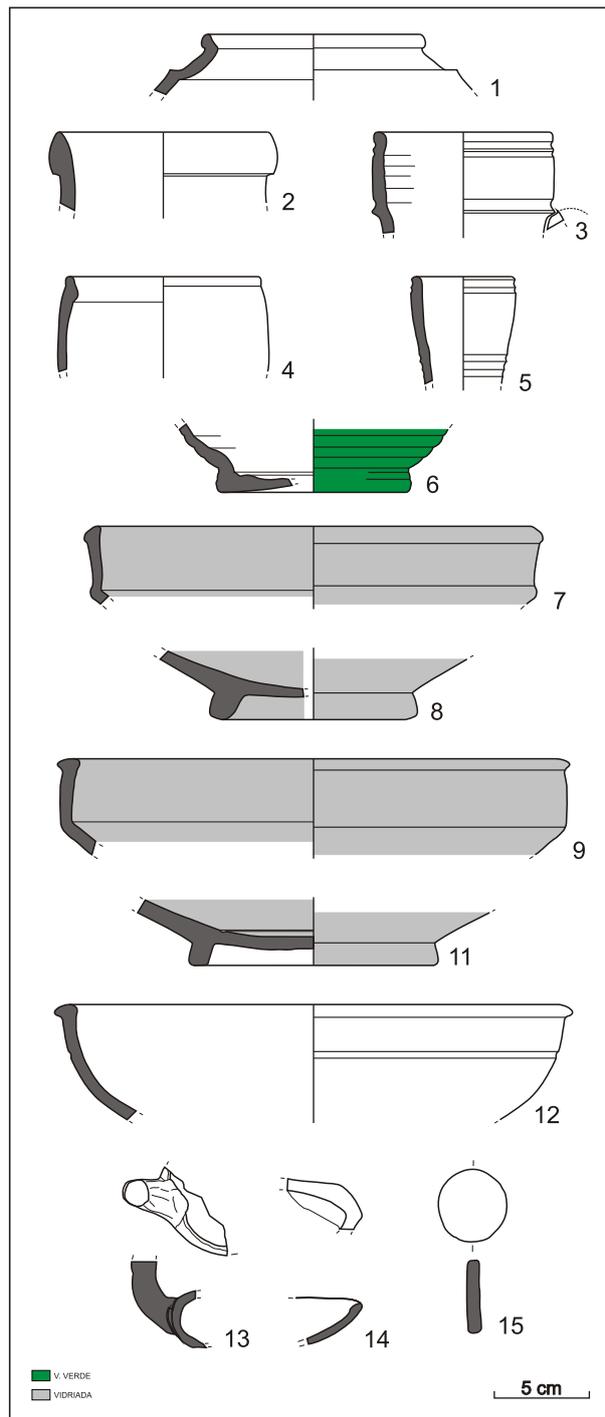


FIGURA 6

Materiales cerámicos de la etapa de los Imperios Africanos (s. XII) de la ue 56 (entre paréntesis el n° de inventario): 1 olla (4); 2 y 3 cántaros (25 y 11); 4 jarro (7); 5 botella (12); 6 aceitera (13); 7 a 12 ataijores (21, 20, 17, 22 y 1); 13 y 14 candiles (29 y 30); 15 ficha (33).





FIGURA 7

Detalle del silo junto a la pared de tapial (s. XII).

El pavimento conforma un ángulo de 90° que enmarca un corte regular de 70 cm de profundidad, que llega hasta la roca y la rebaja excavando una pila de 3 m x 1,40 m (pero continúa bajo la medianera) de utilidad desconocida. En su interior fueron arrojados huesos de animales, cenizas y cerámicas, que informan sobre la amortización de esta estructura subterránea de unos 70 cm de profundidad (ue 80).

De los materiales recuperados en su interior (ue 56) se han inventariado 38 piezas (fig. 6) pertenecientes en su mayoría a vasijas, cuyas características más acusadas son las siguientes: cántaros y ollas de cuerpo acanalado, los primeros sin trazos de pintura blanca, fondos convexos, cazuelas sin costillas, vidriadas y sin vidriar; ataifores de cuerpo carenado; la vajilla vidriada por dentro y fuera en color melado-marrón, sin estampillas y con alto pie anular, un fragmento de loza estannífera, ollas de pared fina, con borde entrante y hombro marcado, aceiteras con vidriado exterior parcial (en verde); tapadera con forma de cazoleta, candiles de pasta clara con piquero desarrollado (y facetado, a imitación de los ejemplares metálicos), dos fichas de juego y objetos metálicos, una azuela de hierro y tres útiles de bronce.

Los materiales del vertedero apuntan a un posible abandono de estos niveles de uso en el siglo XII, tal vez pertenecientes a un inmueble que integró el arrabal que por esta zona pudo extenderse entre el siglo XI y el XII, cuando la medina posee sus murallas y una de sus puertas a la altura de la plaza de Santo Domingo y de la calle Graciano.

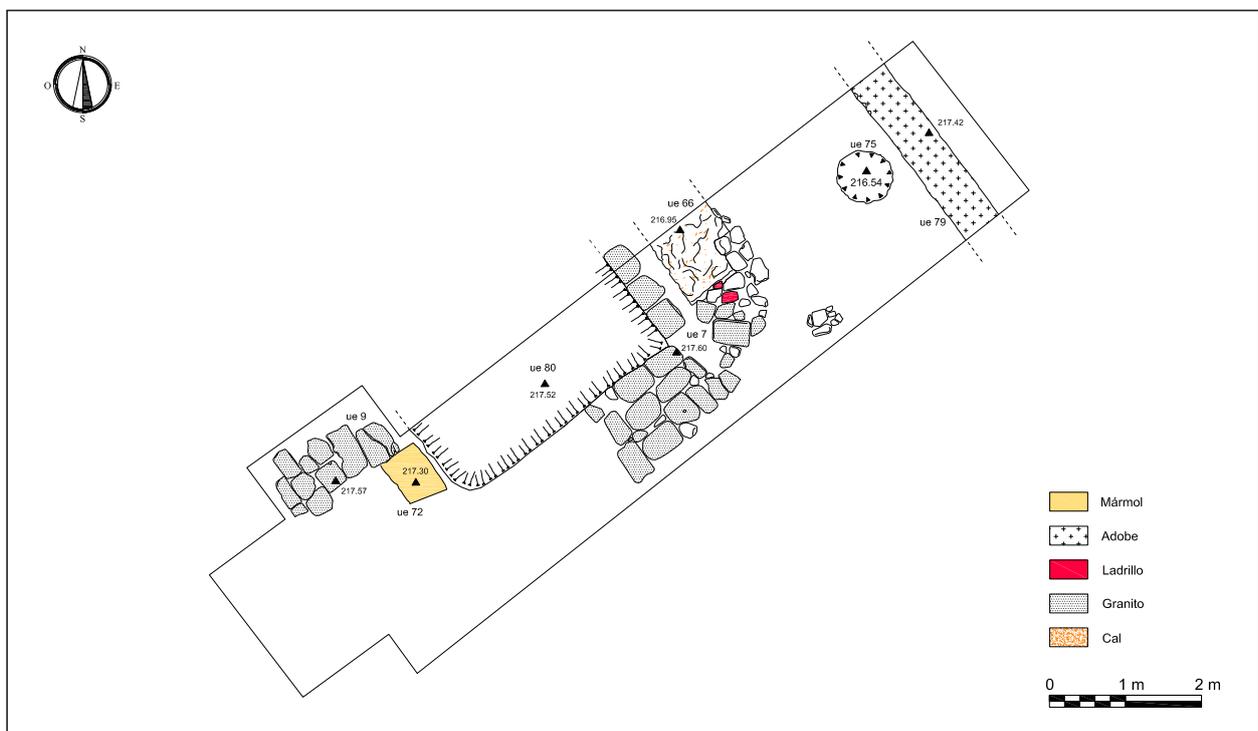


FIGURA 8

Plano con las estructuras del s. XII.



FIGURA 9

Nivel de amortización de las estructuras de habitación en el s. XI.

El espacio pudo estar al aire libre en época islámica, por la relativa lejanía de la pared más próxima (ue 79). Precedente al empedrado, pero de la misma etapa, se halló un rebaje cuadrangular y somero en el terreno (ue 66) de 18 cm de profundidad y planta de 1,14 m x 1 m (prosigue bajo la medianera) empleado para apagar la cal según delataban sus concreciones (ue 67), en cambio, no había restos de ella en la subestructura mencionada más arriba.

El suelo del empedrado presentaba una capa de tierra limosa que rellenaba los desniveles del mismo (ue 17). Desde esta superficie de uso (ue 17) se excavó un silo (ue 75) cercano a un muro de tapial (ue 79) de 58 cm de ancho, sin cimentación o zócalo de piedras (fig. 7). El muro de tierra apoya directamente en el suelo. Muro, pileta y empedrado (fig. 8) mantienen la misma orientación que la actual calle Constantino,

lo que pudiera ser indicio de que ya lo fuera entonces.

El pavimento ue 7 se asentaba sobre un uniforme estrato de tierra parduzca de medio metro de potencia (ue 12 y ue 69) formado por tapial derrumbado con algunas piedras de los zócalos caídos (fig. 9), que sellaba otro nivel de ocupación doméstica islámico.

A este nivel precedente de ocupación (fig. 10) pertenecen un nivel de suelo de tierra batida (ue 58) asociado a un muro y varios hogares. El mayor (ue 60) es de planta circular y exento, con alguna piedra en la solería pero básicamente montado con fragmentos de *tegulae* (fig. 11); tiene 1,5 m de diámetro con un anillo de resalte al interior para sostén de la ceniza de 70 cm de diámetro. Cercano a este (a 90 cm) se hallaba una cocina (ue 57) al pie de un muro, con solería cerámica auxiliada por otro hogar anexo formado por una torta de arcilla cocida y ennegrecida por la lumbre (ue 74) y entre ambas una superficie quemada (ue 73) en el pavimento de tierra batida indicaba otro emplazamiento de una hoguera. Estas cocinas pudieron sucederse en el tiempo, pero llegaron a coexistir sobre un nivel de suelo que apenas había sufrido cambios de altura (ue 70). La presencia de varios de estos elementos reunidos en un mismo espacio, apuntan a que debieron ser de uso alternativo y estacional.

El hogar ue 57 (fig. 12), que apareció cubierto de ceniza, tenía una piedra vertical arrimada al muro para servir de punto de apoyo al recipiente de cocina o a la parrilla, solería de trozos de ladrillo y una superficie anexa de arcilla cocida (ue 74) que pudo servir para hacer pan. Este hogar debió ser usado para cocinar, mientras que ue 60, a una distancia de 1,60 m y exento, debió tener un uso más amplio, como servir de calefacción y lugar de reunión de la familia en su entorno. No se localizaron en el entorno agujeros de poste.

El muro ue 59, al que se adosaba el hogar ue 57 tiene 58 cm de grosor, construido con mampostería que emplea la piedra mayor en los paramentos, con colocación “canteada” para el interior se rellena con material menudo: piedra y trozos de ladrillo y *tegulae*,



FIGURA 10

Plano con las estructuras de los siglos X-XI.

unido todo con tierra. Apenas posee cimentación y en el extremo lleva un sillar (pie derecho) para reforzar una posible puerta que comunica a un espacio con el suelo de tierra batida a cota más baja donde se halló otra cocina exenta (ue 71). La tierra que cubría este espacio procedía también del derrumbe de los alzados de tapial (ue 61).

Bajo estos (sin presencia de teja curva) se localizaba un hogar exento, de tendencia circular, con unos 80 cm de diámetro. No podemos concretar si estos hogares en ámbitos diferentes pertenecen a la misma vivienda, utilizados también para calefacción, o si pertenecen a casas distintas (como podría sugerir la diferencia de cota de nivel de suelo).

Los niveles de abandono no proporcionaron ni cantidad ni piezas completas o reconstruibles, sino fragmentos cerámicos dispersos y menudos; se puede decir que el espacio quedó “limpio” antes de que los muros se vinieran abajo. El poco material hallado es más indicador de la vigencia de la casa, donde quedaron en el nivel de suelo, que del momento de abando-

no. Apenas se han inventariado 23 piezas (bordes) de un conjunto cerámico con las siguientes características: ollas de borde moldurado al exterior, cántaro y jarros con triple línea vertical de tierra blanca pintada con el dedo, fondos planos y convexos en menor proporción, escudillas sin vidriar de interior bruñido, en general muy escasos vidriados, tinaja de agua (urdida) de pared lisa sin estampillar y fichas de juego realizadas con fragmentos cerámicos (y una de pizarra). El perfil del jarro, de la olla y las características de los cántaros son los propios de la etapa califal-taifa (fig. 13).

Debido a la proximidad a la que se hallaba la roca y que conocíamos por cortes como ue 80 y la dudosa aparición de restos romanos, decidimos conservar los muros islámicos y los hogares citados que quedaron sin desmontar, pasando a excavar hasta la roca, la parte trasera de la cata. Al rebajar el suelo de tierra batida en que detuvimos la excavación en el otro extremo, apareció inmediatamente la roca trabajada, horizontal (ue 83) y sobre esta, dos restos de muros arrasados (ue 77 y 82) y una capa de tierra anaranjada de a penas 10 cm con abundantes restos de cal (ue



FIGURA 11
Hogar islámico con solería cerámica.

81), todo ello de época romana, sin que se pueda concretar más dado su mal estado de conservación. La superficie enrasada de roca (fig. 14) se extendía uniforme bajo los restos islámicos, visible parcialmente por no haber desmontado los contextos medievales para preservarlos.

El diagrama revela el predominio de unidades medievales respecto al registro romano, apenas testimonial, y una total ausencia de vestigios tardoantiguos que hay que atribuir más a la topografía elevada y a la consecuente pérdida de contextos que a una nula ocupación del lugar entonces (fig. 15).

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LA OCUPACIÓN DEL SOLAR

El solar se encuentra en un punto relativamente alto de la topografía original que no ha favorecido la acumu-



FIGURA 12
Hogar islámico cubierto de ceniza.

lación de depósitos que hayan preservado los restos. Apenas hay algo más de medio metro entre el nivel de suelo de nuestro tiempo y el de época romana.

En época romana la roca fue trabajada para crear una superficie horizontal apta para edificar sobre ella. Los dos restos de muros inconexos aparecidos son iguales que los que en otras partes de Mérida se han identificado como fundacionales, sin empleo de cal, asociados a la construcción de las primeras viviendas.

Después hay un salto de casi mil años para documentar nuevas pruebas de ocupación, de contextos en positivo, pertenecientes a una o dos viviendas islámicas que debieron levantarse en época califal y abandonarse definitivamente en el siglo XI. No han aparecido evidencias de un abandono apresurado, ni destrucción violenta. Los tapiados derrumbados de sus muros enterraron estos modestos vestigios domésticos, de los que no quedó ningún resto emergente. En el siglo XII el solar vuelve a estar habitado por un inmueble orientado de la misma manera que el precedente. El dato de una sola vivienda es arriesgado extrapolarlo a la permanencia del arrabal, que precisará confirmación con otras excavaciones de la zona, y que aclarará si la zona se mantuvo habitada hasta el siglo XIII o ya en el XII se despobló (como parece apuntar el material cerámico hallado en esta intervención).

Los datos que va aportando el registro arqueológico apuntan a que tras las sucesivas crisis del siglo IX,

Mérida tiene una recuperación paulatina de población durante el Califato hasta las Taifas cuyo caserío se extiende sobre el solar intramuros de época romana, superponiéndose a los amortizados inmuebles antiguos. En el siglo XI la evidencia arqueológica muestra otra crisis que se salda con el abandono de numerosas viviendas y el repliegue del casco de población defendido por nuevas murallas. Mérida vuelve a experimentar una lenta recuperación con la aparición de arrabales como los de las Ramblas y Atarazanas que alcanza hasta la actual calle Constantino. La evolución de los barrios periféricos

y su despoblación informan de la situación expuesta de la medina a la presencia militar inminente de los reinos cristianos en el siglo XII o ya en el XIII, sin necesidad de explicar el abandono de las casas por la presencia armada en 1230.

Desde antes de la conquista cristiana hasta muy avanzado el siglo XIX, el solar (y la zona) se mantuvo libre de construcciones, como campo despejado en el extrarradio de una disminuida Mérida.

El número 19 de la calle Constantino, que hace apenas un siglo, cuando Mérida ronda las catorce mil almas, se encontraba en el borde de la población, en nuestros días, se considera una calle céntrica en una ciudad de cincuenta y tres mil habitantes.

Por los planos del casco de población sabemos que los terrenos que ocupará la calle Constantino eran de cultivo en 1802 (Laborde) y que seguían siéndolo en 1854 (Coello) y en 1867 (Ivo de la Cortina), en tanto que ya aparecen las primeras casas en 1878 (López Alegría) pero sin alcanzar la zona de la n° 19 que pudo haber seguido libre hasta finales de esa centuria o comienzos de la siguiente, pues según el plano con que acompaña Pedro María Plano su obra *Ampliaciones a la Historia de Mérida*, publicado en 1894 (Barbudo 2006, 56), la calle apenas alcanza la mitad hasta el cruce con la calle Vetones (otro camino que será convertido en calle), con la parte derecha más avanzada que la izquierda. En el plano de Galván de 1913 (Barbudo 2006, 122), la manzana que nos ocupa se ha completado hasta la calle Vetones y sobrepasado este límite, conduciéndose hacia la travesía de la calle Concejo que aún no había sido transformada en calle.

El ensanche se inscribe con el desarrollo comercial e industrial que experimenta la ciudad con la llegada del ferrocarril y su papel como nudo de comunicaciones (Doncel 1990, 18) que atrae a población de alubión, proletaria y empobrecida (Castaño 1988, 84) que aportará con la segunda generación el consecuente crecimiento vegetativo. A mediados del siglo XIX la población es de poco más de tres mil habitantes (Montero Omenat 1990, 254) y a finales Pedro María Plano calcula que se ha cuadruplicado esa cifra,

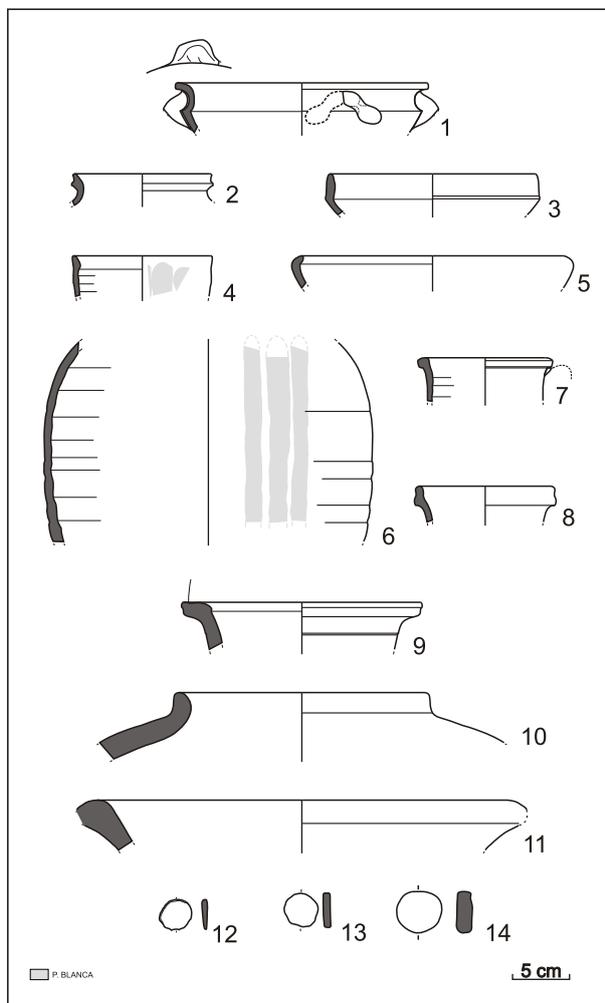


FIGURA 13

Materiales cerámicos asociados al ámbito doméstico islámico (s. XI) de la ue 61 (entre paréntesis el n° de inventario): 1 cazuela (2); 2 olla (1); 3 y 5 escudillas (18 y 17); 4 jarro (12); 6, 7 y 8 cántaros (5, 3 y 4); 9 tinaja de agua (8); 10 tinaja (7); 11 baño (15); 12, 13 y 14 fichas (23, 22 y 21).

surgiendo las barriadas de San Albín, Mestranzos y de la Trinidad, con calles nuevas como Atarazanas, Graciano y Constantino (Plano 1894, 125).

La calle se crea con un vecindario humilde, como demuestra el hecho de que casi todos los inmuebles son medias casas. Todavía en nuestros días se reconoce esta morfología que, en perspectiva, da un aspecto abigarrado a las fachadas y queda algún ejemplo fosilizado con el aspecto que debieron presentar en su origen (fig. 16), aunque casi todas fueron elevadas para crear una nueva planta habitable, desapareciendo así los doblados y las grandes chimeneas. Hacia 1940 el vecindario lo integran agricultores, junto con areneros, carboneros, lecheros, carniceros, panaderos, tenderos, heladeros y pescadores de río (Montero Jiménez 2006, 110).

Acorde a la categoría de las viviendas, la calle es estrecha, aunque sin la margen dedicada hoy a aparcamiento, posibilitaba el paso de carruajes en doble sentido. El acerado es mínimo pero, al menos, la calle es rectilínea.

El profesor E. Cerrillo plantea un ejercicio muy interesante, el de la lectura de las fachadas de una calle de Cáceres, relativamente reciente, para comprender la secuencia de un ciclo arqueológico a través de las reformas, reconstrucciones, restauraciones, refacciones, rehabilitaciones, actualizaciones decorativas, recreaciones de elementos decorativos, purga o selección de otros, nuevas aportaciones de que son objeto los edificios... y que conforman la individualidad de cada inmueble y permiten caracterizar a toda la calle en conjunto y representativa de la etapa en que se produce el ensanche, en la que se han seguido haciendo obras con diferente grado de alteración al patrón original. El ensayo reflexiona sobre el proceso de cambios que operan permanentemente en el medio urbano. Comienza con una frase que el trabajo arqueológico en Mérida refrenda: “la ciudad cada día devora una parte de sí misma” (Cerrillo 1999, 11).

La ciudad entendida como un ente vivo, orgánico (Cerrillo 1999, 12), una consideración que también es válida para la casa (González 1991, 106). Son sus habitantes, cada generación, la que obra la operación

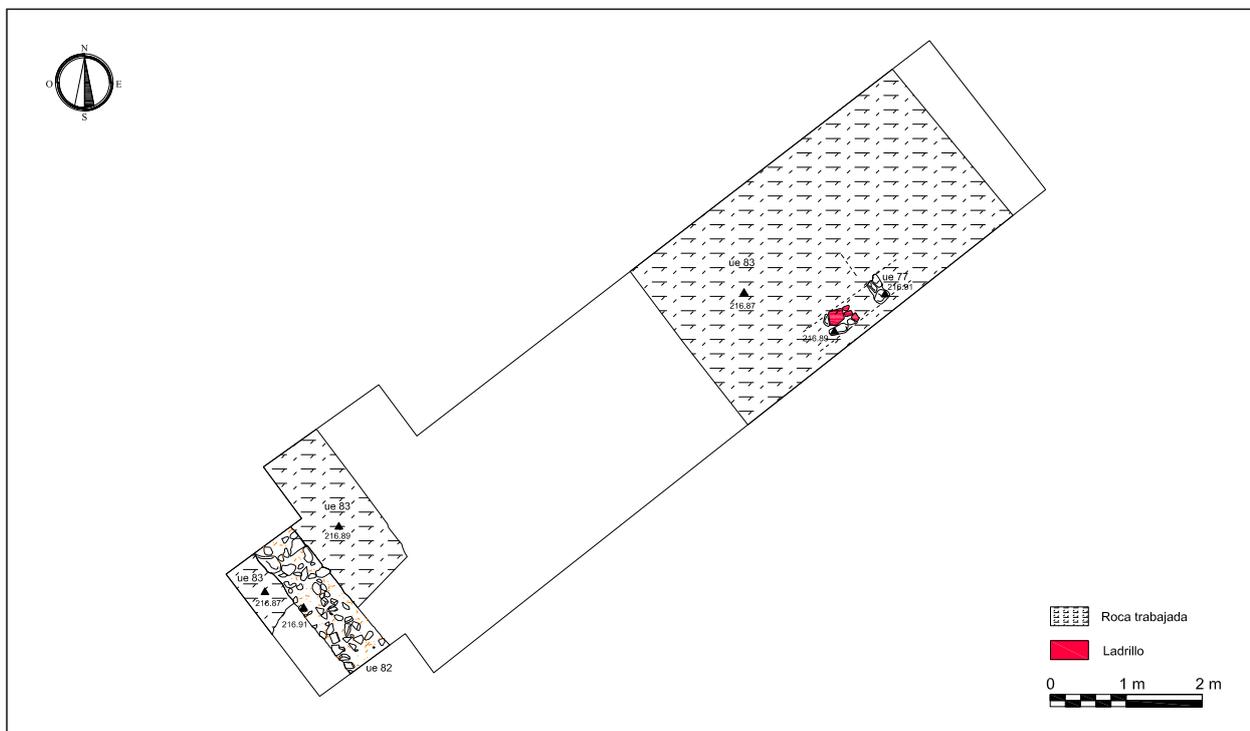


FIGURA 14
Contextos de época romana.



FIGURA 16

Ejemplo de vivienda de la calle Constantino con escasa o nula evolución.

de fosilizar sus viviendas o transformarlas, con un sinfín de posibilidades para cambiar la forma, aunque suele ser la piel, es decir, sus superficies, verticales y horizontales, las que más se renuevan. En conjunto, la plasmación material denota el pulso vital de la ciudad, de un barrio, de una calle, de una casa. Cerrillo utiliza para su ensayo la parte más visible, la fachada, con atributos que definen la moda constructiva de la fundación y sus alteraciones, caracterizando en su conjunto a la calle.

El ensayo es muy sugerente para aplicarlo a cualquier época. El análisis de lo que cambia, desaparece, permanece y se aporta, ofrece el punto de vista con el

que el arqueólogo debe enfrentarse a la lectura del ámbito doméstico. A menudo la interpretación que se hace de las casas romanas, por ejemplo, es sincrónica, tomándolas como un proyecto unitario ceñidas a un determinado siglo, datables gracias a sus elementos de ornato: estilo de los capiteles, de los mosaicos, de la pintura mural, etc. Cuando suelen ser síntesis de un conjunto de obras de diferentes momentos; sensibles a reformas, a ampliaciones o divisiones, fruto de una suma de intervenciones con un resultado final (siempre particular, único en cada casa) que debe entenderse en la diacronía y en el que ocasionalmente se hace partícipe a los elementos de la moda, dependiendo de cuándo hubo fondos e interés por actualizarla.

En el presente ejercicio extendemos su análisis evolutivo al interior del inmueble. La casa que nos sirve de muestra en la calle Constantino tuvo, al menos, cuatro cambios de tipo estructural (fig. 4) aunque posiblemente otras muchas reformas menores y los cambios de uso de algunas habitaciones nos hayan pasado inadvertidas. Baste con ello llamar la atención de que la unidad de estilo de la fachada ocultaba la diacronía que se había desarrollado en el interior y que también afectó a la fachada (fig. 17 y 18).

El inventario de casas de arquitectura tradicional que se hizo en Mérida para su defensa patrimonial partía del análisis de la fachada para pergeñar el interés del inmueble y su datación a partir de los

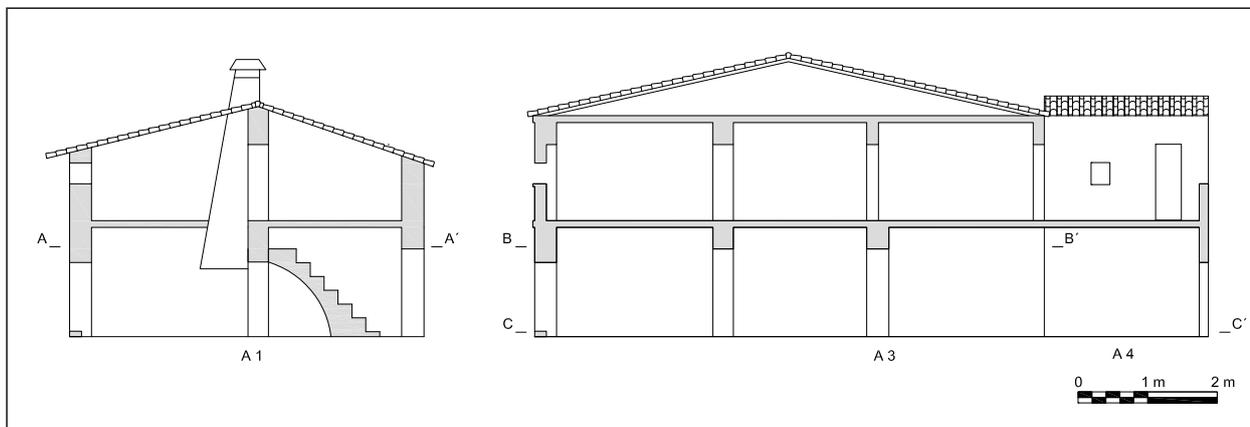


FIGURA 17

Sección de la casa tradicional con los cambios más importantes en su evolución (A 1, izquierda, aspecto original y A 3, derecha, ampliaciones traseras y modificaciones en la planta alta A 4, añadido último).



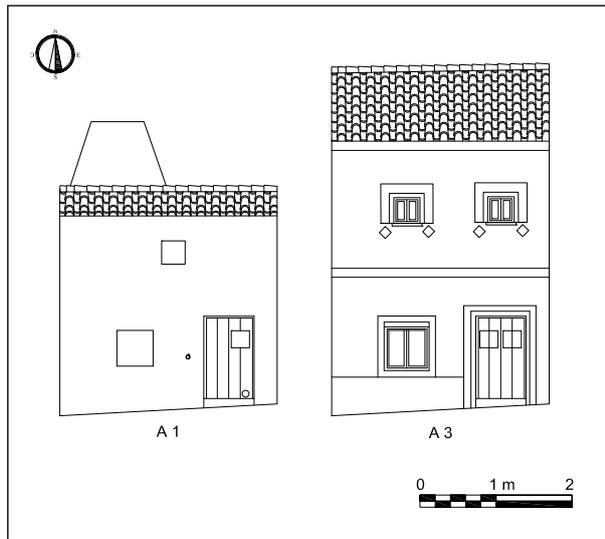


FIGURA 18

Cambios sufridos en la fachada (A 1 aspecto original y A 3 alzada de la casa que había llegado a nuestro tiempo).

elementos clasificables dentro de una corriente arquitectónica (molduras, cornisas, balconadas, amplitud de los ventanales, azulejos, antepechos, remates, etc). Pero las fachadas pueden (¿suelen?) enmascarar el núcleo constructivo más antiguo, aquel que se encuentra inmediatamente detrás y en planta baja, como hemos podido ver.

Este ejemplo, un inmueble con apenas un siglo, revela una evolución estructural más dinámica que lo que cabría deducir de su fachada. El interés no estriba tanto en lo etnográfico como en las posibilidades de inferir en el registro arqueológico, para reflexionar sobre los cambios operados en el ámbito doméstico del pasado.

La descripción de la casa extremeña de colada o corredor central y longitudinal que articula el espacio interior, con dependencias a los lados, está bien estudiada por A. González (1990, 120-126) justificando su morfología por adaptación al clima. Muros de carga y compartimentación con habitaciones cuadrangulares cubiertas por lo general de bóveda. La planta se organiza en crujías paralelas a la calle. Se diferencia la casa entera de la media casa, cuando solo hay estancias a un lado del pasillo, como es el presente caso. En la trasera, un lote de terreno destinado a corral complementa a la parte residencial. Este

esquema organizativo-constructivo se gesta con los repobladores medievales y se desarrolla durante el Antiguo Régimen (González 1991, 103). La vivienda de corredor central y la media casa proliferan en las poblaciones extremeñas del llano (Delgado 2004; Mata 2004) aunque también se da en algunas zonas de Andalucía (Agudo 2004), que A. González explica por ser los repobladores originarios de Extremadura. La casa de arquitectura vernácula de Mérida se inscribe en estas mismas modalidades (Ávila 1997).

Madoz registra 854 casas en su descripción de Mérida y comenta: “están construidas al parecer para darlas ventilación y preservarse de los ardientes calores del verano; los inviernos, aunque benignos, se hacen incómodos en ellas. Un gran número tiene solamente piso bajo y un doblado encima para grano. Otras tantas tienen el piso bajo, que se habita en verano; otro segundo habitado en invierno, y que en efecto es más caliente, aunque poco propio para preservarse del frío” (Madoz 1843, tomo III, 329).

La ciudad reúne realidades dispares, lo legado en diferentes épocas y lo que se aporta y desaparece en ellas, en permanente cambio, sensible en diferente grado a cada inmueble. Las calles de nueva creación tienden a una cierta uniformidad social que tiene su materialización en la semejanza de las viviendas. En la edad media y moderna el nombre de profesiones de las calles testimoniaba una afinidad social entre los vecinos, es decir, un nivel económico semejante o “compatible” de cara a posibilitar uniones entre familias de nivel social afín. Por ello en la formación de una calle, las casas suelen tener un aspecto semejante (y hasta en su evolución con el tiempo). En época contemporánea se reproduce esta misma pauta con la creación espontánea de calles de proletarios y campesinos, hasta formar barrios con marcada personalidad.

La vivienda de la etapa contemporánea en Mérida durante todo el siglo XIX y primera mitad del XX es una construcción que reproduce la casa campesina extremeña acorde con la tradición económica de la ciudad en que se desenvuelve (Castaño 1988, 83). Proliferan más las medias casas que las completas, también para la nueva clase obrera procedente del

medio rural, y con terreno en la trasera para complemento esencial de la economía familiar (huerto, frutales, gallinero, zahúrda, etc).

Mérida carece de los ensanches burgueses que se producen en Badajoz y en Cáceres, porque su población seguirá siendo de corte rural. La mayor parte de la mano de obra inmigrante que incrementa el censo local procede del medio rural y ello se refleja así mismo en las viviendas.

Calles como Suárez Somonte (desde los cruces con las calles Baños y Parejos) o Sagasta, son anchas y formadas con casas completas (de corredor central) cuyos residentes pertenecen a una pequeña burguesía en contraste con calles como Constantino o Concejo, de perfil rural y baja categoría social. Ensanches como el del Calvario reúne a las familias de ferroviarios en viviendas iguales que subrayan su identidad y al mismo tiempo marcan la diferencia respecto al vecindario circundante.

El ejemplo que nos ocupa y el de las casas de la calle Suárez Somonte y de la travesía del Concejo y (nº de intervención 7024 y 7026, en esta misma publicación), invitan a hacer algunas reflexiones sobre la casa popular que podemos llevar al pasado.

- En una calle de nueva formación, una media casa o casa entera es un punto de partida que orienta sobre el nivel económico de sus propietarios. La combinación de varias medias casas en batería confirman el origen humilde del vecindario (en la calle Constantino fueron las predominantes). El número de casas completas apuntan a una mejoría social del mismo (y viceversa, como se advierte en Suárez Somonte). Unos y otros inmuebles forman la calle pero sus descendientes pueden subdividir los primeros y ganar altura los segundos, dándose toda suerte de combinaciones que igualmente siguen mostrando el nivel social de sus propietarios y, en su conjunto, del vecindario. Las reformas y ampliaciones implican recursos económicos para acometerlas gracias a una previsible mejora del nivel social. La Mérida romana ofrece una sorprendente uniformidad de *domus* intramuros que muestran el estatus elevado de sus propietarios (Alba 2004 a). Llama la atención que, por

regla general, se mantuvo la unidad de las viviendas durante toda la etapa romana y que las diferencias por impulso constructivo se manifiestan especialmente en el Bajo Imperio ganando suntuosidad muchas de ellas (y en diferente grado) frente a otras casas señoriales “fossilizadas” cuyo conservadurismo puede manifestar la suerte desigual de propietarios y fortunas.

- Las viviendas tradicionales son realidades diacrónicas en las que la unidad de estilo de la fachada puede estar ocultando una estructura más antigua. La estratificación es susceptible de producirse en la trasera, ganando espacio al corral, y en altura, uniformando con revestimientos el aspecto renovado de la fachada. Las casas señoriales de *Emerita* prescindieron del *hortus* pero también necesitaron crecer y ello se hizo en altura y en extensión a costa de los pórticos de la calle y en menor medida de la propia vía o de inmuebles vecinos. La diacronía de la “Casa de los Mármoles”, en Morería, ilustra esta pauta de cambio que se da en otras viviendas (Alba 1997, fig. 4 a 6 y 2005).

- Uno de los factores de cambio que promueven reformas de tipo estructural, se produce con la llegada de la descendencia. El número de hijos y la mejora de las posibilidades económicas conllevan el crecimiento en altura o (y) en profundidad del inmueble. La vivienda extremeña tradicional se concibe en crujiás posibilitando su crecimiento sin cambios drásticos en la estructura. El crecimiento en profundidad del inmueble, se acomete cuando hay posibilidad y es tan fácil como añadir nuevos módulos a costa de “empujar” al patio hacia el espacio al aire libre del corral. Los solares destinan de 1/3 a 1/4 de la superficie a la vivienda, en tanto que el resto es patio y corral. El amplio espacio trasero se concibe también para acoger nuevas crujiás al fondo si es necesario (y se puede acometer, hablamos de posibilidad económica). Los hijos hasta edad casadera residen en la vivienda unifamiliar pero si alguno de ellos pasa a residir fundando su propia familia se habilitará el doblado como planta habitable. Desconocemos el grado de hacinamiento que puede soportar una casa por crecimiento de la familia extensa o del alojamiento de otra(s) familia(s) en ciertas coyunturas

—también bajo el mismo techo, repartiendo estancias—pero es de prever que es fácil que ello escape al registro arqueológico. La conexión del inmueble plurifamiliar, entendido como familia extensa, puede llevarse a cabo desde dentro (desde el pasillo) o (y) desde una escalera exterior en el patio. La emancipación completa se produce cuando desaparecen los accesos de conexión desde el interior y se introduce una puerta independiente en fachada, segregando completamente la planta superior de la inferior. A este respecto solemos considerar las viviendas romanas como proyectos acabados y unitarios, pero en tantos siglos de permanencia de los inmuebles son objeto de obras que los amplían, modifican, introducen novedades y eliminan sus partes obsoletas. ¿Podemos inferir su crecimiento en altura?. Hay un cambio importante en las casas intramuros de época fundacional a las del siglo I que consiste en sustituir los muros de mampostería unida con tierra y alzado de tapial por otros más sólidos construidos con cal (antes reservada para las obras públicas), con el concurso de sillares y el ladrillo en relación a puntos de refuerzo y vanos que se debe explicar por un cambio de las casas de planta baja a las de una segunda planta habitable y que puedo responder al crecimiento de la familia de la segunda o tercera generación (gracias al beneficio de las tierras puestas en explotación y a otras formas de obtener recursos económicos).

- Los inmuebles en alquiler tienden a ser los más fosilizados, por falta de inversión de sus propietarios que normalmente residen en otro lugar. Los inquilinos no suelen emprender reformas por problemas de permisos de los propietarios y por falta de economía. El envejecimiento del inmueble aparejado a la falta de reformas y mantenimiento ocasiona su abandono por cambio de residencia, desaparición de sus propietarios o inquilinos (en la calle Constantino existen hoy varias casas cerradas coetáneas al impulso constructivo de la pujante capital de Extremadura). No se han documentado desperfectos importantes en las casas señoriales romanas hasta el siglo V, pero en época visigoda la mayor parte de las casas romanas que siguen en pie, denotan una ruralidad, deterioro y falta de inversiones que tal vez no solo evidencien el humilde nivel social de sus habitantes (Alba 1999), también un cambio de propiedad, que al contrario de

atomizarse (como así parece por la forma multifamiliar de ocuparlas), puede estar concentrándose en una minoría de grandes señores, en familias muy ricas, con la Iglesia a la cabeza reuniendo bienes de manos muertas, en cuyas propiedades se alojan gentes de la plebe, empobrecidos hombres libres que pagan una renta o siervos adscritos a tales señores. En época moderna, el deterioro de las casas por absentismo de sus propietarios y gastos nulos de los dueños en las casas puestas en alquiler llega a ser un problema para el conjunto de la ciudad, por lo que se denuncia en las ordenanzas de 1677 en el título 44: “Por cuanto se caen algunas casas en esta ciudad de personas particulares, de capellanías, ermitas y cofradías y sus dueños y los dichos capellanes y comunidades no las reparan, solo a fin de ir cobrando su renta, sin querer gastar nada en ellas, y los que las habitan, que pagan censo de ellas, después que las ven maltratadas, las dejan caer y no las reparan, por excusar el gasto y la paga de los censos en lo de adelante, de que se sigue grave deformidad a esta ciudad por quedarse los solares solos y sin cimientos y sin paredes (...) y porque esto es digno de remedio, por lo mal que parece las casas caídas en que se deforma la vista de la ciudad (...)”. Tal vez esta circunstancia derive en efectos similares y sea una pauta que se reproduce en todos los tiempos (incluido el presente).

- La fachada, por ser seña de identidad que muestra la “calidad social” de sus propietarios, es parte susceptible a los cambios para embellecerla, como manifestación de la prosperidad de sus habitantes. La partición de su estética y fisonomía, los contrastes entre la planta alta y la baja, pueden hacer hincapié en marcar las diferencias entre las familias cuando cambia la propiedad, bien por división de las casas de pasillo central (convirtiéndolas en dos medias casas) o cuando segregan la planta alta convirtiéndola en una casa independiente.

- Es pauta de alarifes tradicionales (y de propietarios con medios económicos limitados) reformar la casa respetando su núcleo y aportar, sumando, las partes nuevas añadidas al inmueble precedente que puede quedar enmascarado por cambios en su superficie, que den unidad a lo viejo y a lo nuevo. Hemos visto cómo el núcleo de la casa original se mantuvo hasta

nuestros días aunque la fachada fue remozada dándole unidad cuando se le añadió una nueva planta en altura. Es una tendencia muy propia de nuestro tiempo hacer el derribo completo de las casas viejas para construir otras nuevas, pero antaño este proceder no constituía la norma.

Algunas conclusiones derivadas del presente ejemplo pueden resultar obvias, sin embargo, no suele adoptarse este punto de vista para aplicarlo a la documentación arqueológica, que tiende a uniformar las reconstrucciones de la ciudad en cada época, por la multiplicación de un determinado patrón doméstico a todo el caserío. Por ejemplo, hasta tiempos recientes, la vivienda de época visigoda se identificaba por ser de nueva construcción, pobre factura, pequeña y muy sencilla en su organización interna, casi como una cabaña, lo que hacía suponer una Mérida extremadamente rural y radicalmente diferente a la ciudad romana, aunque ahora sabemos que el paisaje urbano seguía predominando el de las casas romanas aunque ocupadas de modo distinto. La ciudad islámica se supone, así mismo, como una sucesión de casas de patio central en torno al cual se disponen las estancias. Sin embargo, la documentación arqueológica registra una heterogeneidad de inmuebles, algunos de los cuales responden a tal modelo, pero otras casas, por lo que parece podrían ser la mayoría, son más simples, con una o dos habitaciones evidenciando un perfil social diferente, más favorecido en el caso de la casa de patio mientras que el campesinado reside en casas más sencillas. Al contrario de lo expuesto, por buscar un paralelismo con la propia Roma, se suponía que las casas de la Mérida intramuros en el siglo I reflejarían los contrastes sociales de sus vecinos, pero se ha revelado una sorprendente uniformidad en sus grandes residencias que tiene su coherencia con la unidad con que se concibe la obra pública de todas las calles. En cambio, los contrastes sociales que se manifiestan en las viviendas se van a producir con el paso del tiempo, acentuados en el Bajo Imperio, y son notables desde el principio en los barrios extramuros (donde se localizan las casas mayores y las más pequeñas).

La documentación arqueológica a veces consigna un cambio en las casas del Alto al Bajo Imperio, pero tal

vez haya que empezar a considerar al ámbito doméstico más dinámico de lo que se suele estimar. Entender la casa como una suma de actividades constructivas de diferentes momentos. El caso que nos sirve de ejemplo lo ilustra, sin embargo, es poco aprovechable extrapolarlo a todo el vecindario pues cada casa habrá tenido una evolución particular. La calle, en nuestros días, conjuga inmuebles a penas inalterados, representantes de la etapa fundacional, con otros modificados en diferente grado y otros contruidos de nueva planta en nuestro tiempo. Decimos que cambia la calle, pero en realidad lo hacen (si lo hacen) las viviendas.

¿Hasta qué punto cada casa no responde sino a su propia historia? Los historiadores hace tiempo que perfilaron el concepto de lo intrahistórico mientras que a los arqueólogos parece que nos cuesta aceptar que el registro del ámbito doméstico está basado en contextos eminentemente intrahistóricos, y por consiguiente, particulares. Tras diez volúmenes de esta revista, aún estamos lejos de entender a *Emerita* como esa suma de realidades domésticas cambiantes y coexistentes.

TRATAMIENTO DE LOS RESTOS

El nivel de arrasamiento de las estructuras romanas y la dispersión y reducido interés de los restos medievales, podían haber posibilitado la construcción mediante pilares y riostras, pero como el proyecto arquitectónico presentado con antelación a la intervención contemplaba la nueva obra sobre losa de hormigón, los propietarios decidieron mantener el proyecto original.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUDO, J., 2004: Arquitectura tradicional extremeño-andaluza. La riqueza de un patrimonio compartido. *Arquitectura Popular Extremeña, colección Raíces*, 20, 517- 562.
- ALBA, M., 1997: Ocupación diacrónica del área arqueológica de Morería (Mérida), *Mérida excav. arqueol. 1994-95*, 1, 285-315.
- ALBA, M., 1999: Sobre el ámbito doméstico de época visigoda en Mérida, *Mérida excav. arqueol. 1997*, 3, 387-418.

- ALBA, M., 2004 a: Arquitectura doméstica en Emerita. *Las capitales provinciales de Hispania*. Mérida, *Colonia Augusta Emerita*, 2, Roma, 67-83.
- ALBA, M., 2004 b: Apuntes sobre el urbanismo y la vivienda de la ciudad islámica de Mérida. *Mérida excav. arqueol.* 2001, 7, 417-438.
- ALBA, M., 2005: La vivienda en Emerita durante la Antigüedad Tardía: Propuestas de un modelo para Hispania. VI reunión de Arqueología Cristiana hispánica. *Las ciudades tardoantiguas de Hispania, cristianización y topografía*. Valencia, 121-150.
- ALVARADO, M. y MOLANO, J., 1995: Aportaciones al conocimiento de las cerámicas comunes altoimperiales en Augusta Emerita: el vertedero de la C/ Constantino. *Monografías Emporitanes*, VIII, 281-295.
- ÁVILA, M^a A., 1997: Arquitectura doméstica tradicional en Mérida. *Mérida, Ciudad y Patrimonio*, 1, 157-170.
- BARBUDO, F., 2006: *Mérida, su desarrollo urbanístico. Desde los planos de alineaciones al plan especial del conjunto histórico-arqueológico*. Badajoz.
- CASTAÑO, F. J., 1988: *Los paisajes urbanos de Mérida, una introducción a su estudio geográfico*. Mérida.
- CERRILLO, E., 1999: *Un ensayo de arqueología urbana: las fachadas de la calle Barrionuevo de Cáceres (1850- 1920)*. Cáceres.
- DELGADO, A., 2004: Un patrimonio olvidado: ejemplos de arquitectura tradicional. *Arquitectura Popular Extremeña, colección Raíces*, 20, 191- 244.
- DONCEL, J., 1990: *Mérida historia urbana (1854-1987)*. Biblioteca de temas emeritenses 1, Mérida.
- GONZÁLEZ, A., 1990: *Extremadura popular, casas y pueblos*. Mérida.
- MADOZ, P., 1846: *Diccionario Histórico-Geográfico de Extremadura*. Biblioteca Extremeña, tomo III, Cáceres.
- MATA, F., 2004: Arquitectura popular bajo extremeña: Alburquerque. *Arquitectura Popular Extremeña, colección Raíces*, 20, 159- 190.
- MONTERO JIMÉNEZ, J., 2006: *Historia y Memorias de Mérida*. Mérida.
- MONTERO OMENAT, J., 1990: *La población de Mérida (1^a mitad s. XIX)*. Biblioteca de temas emeritenses, Mérida.
- ORDENANZAS, 1677: *Ordenanzas de la muy noble, antigua, grande y leal ciudad de Mérida*. (Edición facsímil del Ayuntamiento en 2002).
- PLANO y GARCÍA, P. M^a., 1894: *Ampliaciones a la Historia de Mérida*. (Reedición del Ayuntamiento de Mérida en 1992).
- RODRÍGUEZ MARTÍN, F. G., 1996: *Materiales de un alfar Emeritense: Paredes finas, lucernas, sigillatas y terracotas*. Cuadernos emeritenses, 11, Mérida.
- SÁNCHEZ, G., 1987: Intervención en un solar de la calle Constantino, nº 25. *Mérida excav. arqueol.* 1994-1995, 1, 178-186.
- SÁNCHEZ, G., 1988: Intervención arqueológica en el solar de la calle Atarazanas, nº 10. *Arquitectura doméstica andalusí. Mérida excav. arqueol.* 1996, 2, 55-71.